JUAN DE VALDÉS Y SU *DIÁLOGO DE LA LENGUA*. UN TESTIMONIO HISTÓRICO DEL ESTADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVI

Mª DOLORES MADRID GUTIÉRREZ
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Una lengua tan noble, tan entera,
tan gentil y tan abundante.

Marcio

Cuando Valdés, en su *Diálogo,* ya influido de ideología erasmista, nos dice que "todos los hombres somos más obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural (…), que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en libros", quiere decir, no escrita en latín, sino en nuestra lengua castellana, que Valdés, está respondiendo el símbolo del Emperador Carlos V.

La función del *Diálogo* de Valdés responde a un fin eminentemente práctico conciliando en su sistema la política imperial, la doctrina de Erasmo y la religiosidad reformista en un mundo europeo. Es este sentido renacentista de valoración de la lengua, con el Cardenal Cisneros y Erasmo en su labor en la Universidad de Alcalá de Henares y la Políglota Complutense, que conforman el paisaje del humanismo español, influido también por el humanismo italiano. Fruto de esta nueva actitud, fue la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija (Salamanca, 1492) que es la primera que se realiza en una lengua romance, anticipándose a las *Prose della volgar lingua,* del cardenal Pietro Bembo (Venecia, 1525).

El Renacimiento se apoderó de esta forma expositiva, en esa importante vertiente pedagógica, en la vía del diálogo doctrinal, de la didáctica (del griego *didaskein,* "enseñar") como se aprecia en esta obra, en la que el propio autor, Juan de Valdés, quiere invitar al diálogo, presentando animadamente el haz y el envés de las cuestiones haciendo intervenir también el factor artístico. A Valdés sólo le interesa que sus seguidores entiendan bien lo que les quiere decir. El *Diálogo de la lengua* va a representar dos vías muy

claramente definidas: por un lado esa preocupación lingüística y aquí reside esa funcionalidad del *Diálogo,* manifestada ya en Nebrija, y por otro lado, como afirma Marcio, uno de los interlocutores del *Dialogo:* "porque como veis, ya en Italia, así entre damas como entre caballeros, se tiene por gentileza y galantía saber hablar castellano". Está respondiendo también al símbolo renacentista de una lengua acompañando al Imperio.

Sabemos muy poco de su vida: Juan de Valdés nació en Cuenca al finalizar el siglo XV. Estudió en la Universidad de Alcalá de Henares. Inicia entonces su correspondencia juvenil con Erasmo de Rotterdam, el gran pensador flamenco que tanto influyó en su formación, en su vida y en su obra. Con excepción del *Diálogo,* toda la obra conocida de Juan de Valdés tiene carácter religioso siguiendo el espíritu reformista de Erasmo.

Es esta actitud reformista de Valdés, la que le lleva a elevar sus propósitos ideológicos relegando la función artística a segundo término –aunque no está exenta de los valores específicamente literarios-, a través del *Diálogo* queda de manifiesto que lo que le interesa a Valdés es que su doctrina sea bien entendida, al dirigirse a sus lectores de habla italiana, aunque escribiendo siempre en castellano, para ello adopta un "estilo natural" y "sin afetación ninguna", "escrivo como hablo", lo declara en el *Diálogo de la lengua:*

> El estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escrivo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que sinifiquen bien lo que quiero dezir, y dígolo quanto más llanamente me es posible, porque a mi parecer en ninguna lengua stá bien el afetación (p. 154).

Si reflexionamos en la labor pedagógica de Valdés del aprendizaje de la lengua castellana, su metodología en sí misma se reduce a un conjunto de normas sencillas y útiles, recopiladas en una breve guía práctica, para que sus alumnos se familiarizaran con la lengua castellana, y de ella nos habla el propio Valdés. Estamos hablando de un precursor, de lo que consideramos hoy un "lector" de español. Así pues, en su sentido práctico de enseñar la lengua castellana, se vio obligado a componer esta guía puesto que Valdés hablaba siempre en español a sus alumnos.

Pero él advertía de su incapacidad en cuestiones gramaticales "porque no soy tan letrado ni tan leído en cosas de ciencias quanto otros castellanos que muy largamente podrían hazer lo que vos queréis" (p. 45). De ahí la forma de diálogo que adopta para su obra; o cuando Marcio, interlocutor, le increpa a Valdés, al comparar la lengua castellana vulgar con la toscana de Petrarca o Bocaccio, y le pregunta "¿No tenéis por tan elegante y gentil la lengua castellana como la toscana?" Valdés trata de justificar el haber accedido a escribir un libro sobre la dignificación de la lengua nacional, y le responde: "Sí que la tengo, pero también la tengo por más vulgar, porque veo que la toscana stá ilustrada y enriquecida por un Bocaccio y un Petrarca, los quales, siendo buenos letrados, no solamente se preciaron de scrivir buenas cosas, pero procuraron escrivirlas con estilo muy propio y elegante" (p. 44). Frente a esta lengua literaria, Valdés opone el castellano expresado mediante un estilo natural y sin afectación, y así, nos dice: "y como sabéis, la lengua castellana nunca ha tenido quien scriva en ella con tanto cuidado y miramiento" (p. 44).

Valdés no era un gramático ni un filólogo, y en sus preocupaciones lingüísticas, advierte que "he aprendido la lengua latina por arte y libros, y la castellana por uso …" (p. 43). En un momento en que estaban apareciendo las gramáticas, él conocía la de Nebrija (sus injustas censuras de Valdés) y la criticaba, como se ve en algunos pasajes

del *Diálogo,* por estar escrita en andaluz, aspecto que dentro de su teoría lingüística (opiniones y objeciones de Valdés), el andaluz estaría dentro del regionalismo o dialectismo.

Debemos buscar los valores del *Diálogo de la lengua,* en dos vertientes de singular importancia: como testimonio del estado de la lengua española durante el primer tercio del siglo XVI; y como reflejo de las opiniones y teorías lingüísticas, que empezaban a despuntar en la época. "Su nombre debería en rigor quedar al margen de la escuela lingüística española que con tantos ilustres cultivadores contó durante todo el Renacimiento" (Lope 13), estudioso de esta obra y de esta edición[1].

Así pues, el *Diálogo de la lengua,* presenta un núcleo temático dedicado a problemas lingüísticos, alejado de preocupaciones gramaticales, y otro menor, de crítica literaria, por esa necesidad de practicidad, reflejando su espíritu a la vez sutil y mordaz de Valdés como corresponde a un erasmista.

Escrita en diálogo, Valdés opta por esta forma expresiva simulando una conversación entre varios personajes. Cuatro serán los interlocutores del *Diálogo* de Valdés en cuya conversación nos dejará un preciso documento histórico del español. De estos cuatro interlocutores valdesianos (Pacheco, Corioliano, Marcio y el propio Valdés), siguiendo el estilo de la mordacidad crítica erasmista, voy a seleccionar de entre ellos a dos personajes, Marcio y Valdés por dos motivos: porque como muy acertadamente afirmara Prieto: "el personaje animado en curiosidad de Marcio es como un *alter ego* de Valdés, a través del cual el autor se complementa"; y el otro, (problema que cae muy fuera de estas páginas) por cuestión de espacio.

Marcio, es el encargado de provocar a Valdés, de plantear cuestiones con sus objeciones e inquietudes eruditas, y por incitación suya, surgirán muchas veces las injustas censuras a Nebrija, un ejemplo en el que se aprecia una cierta irritación de Valdés provocada por Marcio es la siguiente respuesta de Valdés: "No me aleguéis otra vez para la lengua castellana la autoridad de Librixa andaluz, que me haréis perder la paciencia" (p. 80).

Mediante estos interlocutores se establece un coloquio, reflejo de las opiniones y teorías lingüísticas que eran centro de debate y de polémicas durante el primer tercio del siglo XVI. A lo largo de la obra van apareciendo observaciones, discusiones, polémicas y opiniones de Valdés sobre algunos temas lingüísticos generales, relacionadas con la fonética, la gramática y el léxico constituyendo un documento histórico del español de gran relevancia. Como precisa Marcio: "siempre hallávamos algo que notar en nuestras cartas, assí en lo que pertenecía a la ortografía, como a los vocablos, como al estilo" (p. 41).

Testimonio de carácter léxico, fonético y gramatical que vamos a ver en algunos pasajes en los que estos interlocutores hablan o se expresan sobre las cuestiones mencionadas y teorías lingüísticas de interés como el origen de las lenguas que se hablan en España, y principalmente la castellana; o sobre lo que concierne a los refranes que tienen en Valdés una intencionalidad práctica, así como expresiones populares, etcétera. Basaremos la selección en lo que he considerado más pertinente para dar una idea global del *Diálogo* dentro de este espacio reducido de mi ponencia.

1 Desde Nebrija, a fines del siglo XV, hasta el Padre Juan de Villar, a mediados del XVII, pasando por Gonzalo Correa, Bartolomé Jiménez Patón, Ambrosio de Salazar, Sebastián de Covarrubias, Juan Miranda, Francisco Sánchez de las Brozas, Jerónimo Tejada y Juan de Luna entre otros.

En el aspecto de la fonética, la evolución de la lengua castellana, Valdés es testigo atento, por ejemplo, de ese proceso, de fijación de los fonemas y sus fluctuaciones. A lo largo del Siglo de Oro se fueron superando las vacilaciones en el timbre de las vocales átonas que habían caracterizado el habla castellana de toda la Edad Media. Valdés en varios pasajes del *Diálogo* se refiere explícitamente al problema, reflejando las preferencias cortesanas, la norma toledana de los hablantes cultos que, al fin, habían de imponerse definitivamente. Él mismo lo dice en su *Diálogo,* y así prefiere la forma *quise* –sobre su variante *quige*– por ser ésa la norma habitual en Toledo (pág. 96). Un ejemplo, la vacilación entre *a* y *e,* nos atestigua que la norma se iba estableciendo ya en favor de la *e* en palabras como *rencor, renacuajo* o *rebaño* en vez de *rancor* o *rabaño,* y nos dice: "porque assí me suena mejor y he mirado que assí escriven en Castilla los que se precian de scribir bien" (pág. 78). Y en *a* en palabras *taxbique, fraila* o *trasquilar* (p. 81). Igualmente en los sonidos consonánticos (véanse pp. 96-106).

En cuanto a la gramática, frente a las formas etimológicas so, vo, do, van a quedar fijadas las formas voy, soy, doy: "*Yo so* por *yo soy,* dizen algunos, pero aunque se pueda dezir en metro, no se dize bien en prosa" (Valdés 130), y en otros muchos ejemplos. Declara asímismo Valdés sobre la gramática en relación al uso del verbo y el pronombre: "También pertenece a la gramática el saber juntar el pronombre con el verbo, en lo qual veo un cierto uso, no sé de dónde sea nacido". Se refiere al uso de *poned* y *emviad* (verbos) y *lo* (pronombre): "y es que muchos dizen *poneldo* y *emvialdo* por dezir *ponedlo* y *emviadlo* (…) y por esto digo: *Al moço malo, ponedle la mesa y emviadlo al mandado"* (p. 74).

En cuanto al léxico, Valdés nos habla en el *Diálogo* de "ciertas voces impropias" del castellano, numerando desde vulgarismos, arcaísmos y neologismos de varias procedencias (helenismos, latinismos e italianismos, entre otras), así como arabismos, dialectismos peculiares de diversas regiones de la Península Ibérica. El uso del refrán con finalidad pedagógica, de ejemplo, como hemos visto unas líneas más arriba.

Para Valdés, lo importante no será la ascendencia etimológica, sino el uso de los vocablos (dentro de ese apartado de vulgarismos) que hoy nos parecen cultos, eran considerados como rústicos o vulgares como "raudo", sobre este vocablo comenta Valdés: "*Raudo,* por *rezio,* es vocablo grossero; pocos lo usan" (p. 129), que en el español actual resulta más elevado que el cultismo rápido.

Respecto a las teorías lingüísticas que se debatían en su tiempo, de particular interés resultan sus aseveraciones y rectificaciones acerca del origen de las lenguas nacionales o vulgares, Marcio abre el camino sobre una de las cuestiones que le preocupan, especialmente tiene curiosidad por el origen del castellano: "que lo primero que querría saber de vos, es de dónde tuvieron origen y principio las lenguas que oy se hablan en España, y principalmente la castellana". Veamos a través del *Diálogo* alguna de esas teorías.

Nebrija, junto a la mayor parte de los filólogos del Siglo de Oro, habían afirmado la procedencia latina del español, teoría aceptada también por Valdés. Así nos lo dice en el *Diálogo:* "Y porque la lengua que oy se habla en Castilla, (…) tiene parte de la lengua que se usava en España antes que los romanos la enseñoreasen" (p. 53). Valdés explica, que la lengua castellana era, como todas las demás de España, menos el vascuence, la misma lengua latina "corrompida" (se refiere a que la lengua latina tenía ya en España dos mezclas, una de la griega según su opinión y otra de los godos) se mantuvo durante mucho tiempo, reseñando un dato histórico, al rey don Rodrigo: "hasta que el rey don

Rodrigo, en el año de setecientos y diez y nueve, poco más o menos, desastradamente, la perdió", y por las invasiones lingüísticas de germanos y árabes (p. 57).

Pero antes de exponer su hipótesis, tiene a bien plantearse primero "qué lengua era aquella antigua que se usaba en España antes que los romanos viniesen a ella". Y nos habla de la de los vizcaínos, esta disertación sobre la conservación de la lengua primitiva de los vizcaínos, es digna de ser leída. Valdés se equivoca al suponer, contra la opinión casi unánime "los que son curiosos destas cosas tienen y creen, que la lengua que oy usan los vizcaínos es aquella antigua española", vacila en sus hipótesis y no duda en admitir la tesis vasquista. Esta opinión de Valdés se basa, como él mismo declara, en dos razones, una, que al no ser conquistada Vizcaya por los romanos, tampoco pudieron dejar su lengua; el otro razonamiento que apunta Valdés es la diferencia que observa en la lengua vizcaína respecto a las otras lenguas que también se hablan en España. Y concluye "por donde se tiene casi por cierto que aquella nación conservó juntamente su primitiva lengua" (p. 53). Pero luego rectifica, al documentarse leyendo a los historiadores, por un lado; y por otro, al reflexionar sobre los vocablos castellanos "porque, quando me pongo a pensar en ellos, hallo que muchos de los que no son latinos ni arávigos, son griegos", definiendo su teoría de esta manera: "soy venido en esta opinión, que la lengua que en España se hablava antiguamente, era assí griega como la que agora se habla es latina". Valdés no tiene presente la lengua ibérica, de la que quizá pueda derivar el vascuence, al suponer que la lengua primitiva de España era la griega. Marcio manifiesta su conformidad con la teoría, y Valdés le responde: "La vida me avéis dado en no querer contender sobrêsto…". Pero Valdés, esta vez por boca de Pacheco plantea nuevas objeciones a lo que ha concluído[2]. Así, seguirán debatiendo de pasaje en pasaje sobre el origen de las otras lenguas que también se hablan en España como son el gallego, catalán, valenciano, etcétera.

Por último, en este conjunto de teorías lingüísticas y debates, Valdés plantea en el *Diálogo,* la norma del buen hablar frente al uso común, vulgar. Estos debates fueron muy frecuentes durante el Renacimiento, entre los partidarios de la lengua culta, literaria y cortesana, y los defensores de la vulgar. En Valdés, su modelo en cuestiones de lengua castellana serán a falta de obras literarias de verdadero mérito los refranes populares, cuyo valor está en el haber nacido en el pueblo. De otra parte declara y justifica muchos de sus juicios invocando la autoridad de los hombres cultos. Valdés, toma como modelo la lengua literaria culta y lo justifica.

Es la doctrina erasmista que emana de todo el *Diálogo* pero también su vinculación con el humanismo italiano renacentista, mundo en el que surge *El Cortegliano (El Cortesano),* de Castiglione, que postulaba también el escribir como se habla, es una obra muy característica del Renacimiento, que se da en este común ámbito cortesano, el receptor renacentista al que tienen presente Valdés y Castiglione.

BIBLIOGRAFÍA

Valdés, Juan. *Diálogo de la lengua*. Edición de Juan M. Lope Blanch. Madrid, Editorial Castalia, 1969.

2 Presenta una seria objeción a su hipótesis: "si la lengua antigua de Spaña fuera griega, ni los mercadantes de Fenicia avían necesidad de intérprete en el contratar de sus mercaderías con los antiguos de Spaña antes que cartagineses y romanos la combatiesen" (p. 57).